

CAPÍTULO XV.

Á fines de 1774 los norteamericanos confiaban en una reconciliación. Los plantadores se lisonjeaban de que el pueblo inglés, llevado de su propio egoísmo comercial y por temor á una guerra civil, penosa bajo todos conceptos, se pronunciaría en las elecciones por los partidarios de la paz y unión.

Desengañados luego, imaginaron que la voz de Chatham sería omnipotente en el Parlamento; pero hubo también que desilusionarse en ese particular.

En vez de recibir la reparación en que confiaban, tuvieron noticia de que se enviaban tropas al Massachusetts, que su comercio se entorpecía por todos los medios posibles, que la ley relativa á las pesqueras condenaba á 30,000 marinos de Nueva Inglaterra á morir de hambre; en una palabra, que el orgullo nacional, un falso pundonor, una mentida dignidad empeñaban al rey, al ministerio, al Parlamento y al mismo pueblo inglés en el fatal sistema de someter con dureza á las colonias, obligándolas á reconocer la supremacía del Parlamento en el orden legislativo y económico.

Esas noticias consternaron á aquellos que en América se lisonjeaban de poder conjurar aun una sublevación, cuyas ventajas eran para ellos algo problemáticas; pero los entusiastas, los patriotas, que eran los que mejor leían en el libro del porvenir, creyeron que había llegado ya el momento de tomar las armas y prepararse para la resistencia.

Entre esos hombres hubo uno, el más elocuente de todos, Patrick Henry, que se aprovechó de la ocasión primera para descorrer

el velo, y hacer evidente á sus conciudadanos que no era posible ya otra cosa sino vencer ó morir.

En Marzo de 1775, la Convención de Virginia se reunió en Richmond en la antigua iglesia. Había ya felicitado al Congreso de 1774, no bien había protestado de sus deseos de volver á ver aquellos hermosos días¹, harto pronto trascurridos, en que América vivía libre y dichosa bajo la protección de la madre patria, cuando Patrick Henry pidió la palabra y propuso: «Que inmediatamente se pusiera la colonia en pié de guerra, y que al efecto se nombrara un comité encargado de alistar, armar y organizar un número competente de milicianos.»

Esa proposición introdujo la alarma en los espíritus pacíficos, que no querían renunciar á la esperanza de una reconciliación: los comerciantes de la Gran Bretaña tenían hacia ella algunas simpatías; el rey, según el contexto de la proposición de lord North, había recibido la petición del Congreso, la cual le había producido alguna sensación; por consiguiente cualesquiera medidas exasperadas que tomaran los plantadores suscitarían contra ellos las iras del pueblo inglés. Por otra parte, ¿era posible la resistencia? ¿Dónde hallar soldados, armas, generales, municiones y dinero, nervio de la guerra? Carecían de todo, teniendo contra ellos al pueblo más formidable del mundo, á un pueblo dueño del mar, rico, armado, poderoso. Medidas extremas no eran parto más que de la locura de un corazón noble, y su adopción haría irremisiblemente á América presa de la Gran Bretaña, y elevaría ciertas pretensiones ilegítimas á la categoría de un derecho que por desgracia respeta la historia, el derecho de conquista. En suma, la temeridad había de hundirlos².

Tales eran los sentimientos de los hombres pacíficos y de las gentes apocadas que por lo general constituyen la mayoría de las asambleas, cuando Patrick Henry tomó la palabra:

«Es natural en todos los hombres, dijo, abandonarse á las ilusiones de la esperanza. Estamos siempre dispuestos á cerrar los ojos para no ver una verdad desagradable, y prestar oídos á la esperanza, esa sirena que nos seduce hasta que nos ha transformado en brutos. ¿Es esa la misión de hombres juiciosos, empeñados en la lucha por la libertad? ¿Pertenece acaso al número de esos que tienen ojos para no ver, y orejas para no oír lo que importa á su

¹ *Halcyon days.* «Somos débiles, se dice... incapaces de luchar.»
² *Wirt, Life of Patrick Henry, pag. 91.* Pero, cuando... «sario tan temible...»

bienestar acá en la tierra? Por mi parte, por mas que ello me aflija, quiero conocer toda la verdad, quiero conocer el lado peor de las cosas, y prepararme para arrostrarlas.

»Para guiar mis pasos solo tengo una luz, la de la esperiencia. Para juzgar el porvenir, no conozco mas que el pasado. Juzgando por el pasado, al ver la conducta del ministerio inglés desde hace diez años, deseo que me digan lo que puede justificar las esperanzas con que se entretienen y hacen perder tiempo á la Cámara esos señores. ¿Puede acaso justificarlas la pérfa sonrisa con que se recibió nuestro mensaje? No os fieis de ella: es un lazo que se os tiende; *no os dejéis vender por un beso.*

»Pregantaos á vosotros mismos: ¿qué relacion guarda esa lisonjera acogida de nuestro mensaje con esos preparativos de guerra, debajo de los cuales desaparecen nuestros mares y roban el día á nuestras comarcas? Los ejércitos y escuadras, ¿son cosas indispensables para una obra de amor y reconciliacion? ¿Nos hemos negado á reconciliarnos, para que sea necesario llamar la fuerza á fin de reconquistar nuestro amor? No nos engañemos á nosotros mismos; todas esas cosas son instrumentos de guerra y de conquista, el último argumento de los reyes.

»..... Hemos hecho cuanto nos ha sido posible para conjurar la tempestad que se acerca. Hemos elevado esposiciones, hemos hecho manifestaciones y representaciones; nos hemos prosternado ante el trono, hemos implorado al rey para que atara las tiránicas manos del ministerio y del Parlamento. Nuestras esposiciones han sido desatendidas; nuestras manifestaciones nos han acarreado doble número de atropellos é insultos; nuestras representaciones han sido desdeñadas; se nos ha echado de las gradas del trono con menosprecio.

»Despues de lo cual, es una quimera alimentar todavía esperanzas de paz y de reconciliacion. *Ya no coge aquí la esperanza.* Si queremos ser libres, si queremos salvar esos preciosos derechos que tanto tiempo hace defendemos, si no queremos abandonar ignominiosamente la noble lucha en que por tanto tiempo nos hemos empeñado, lucha que prometimos sostener hasta haber obtenido el glorioso premio de nuestros esfuerzos... es necesario combatir, lo repito, es necesario combatir. Invoquemos las armas y al Dios de los ejércitos, que es lo único que nos queda.

»Somos débiles, se dice,... incapaces de luchar con un adversario tan temible... Pero, ¿cuándo seremos mas fuertes? ¿La semana

ó el año que viene? ¿Seremos mas fuertes cuando se nos haya desar-mado, cuando haya un soldado inglés acuartelado en cada casa? ¿La irresolucion, la inaccion nos prestarán acaso nuevas fuerzas? Adquiriremos elementos de resistencia permaneciendo indolentemente tendidos boca arriba, ocupados en ir en pos de vanos fantasmas de esperanza, en tanto que nuestro enemigo nos tendrá sujetos con cepos y esposas? No, no somos débiles si sabemos aprovecharnos de los recursos que Dios y la naturaleza nos han deparado.

»Un pueblo de tres millones de almas, un pueblo armado por la santa causa de la libertad y en un país como el nuestro, es invencible, y desafía todos los ejércitos que Inglaterra puede soltar contra él. Por otra parte, no estamos aislados. Hay un Dios justo que preside á los destinos de las naciones, y él suscitará amigos para tomar parte en nuestras batallas. La victoria no es patrimonio esclusivo de la fuerza; lo es tambien del celo, de la actividad, del valor. Por último, no podemos ya retroceder. Es demasiado tarde para retirarnos de la lucha, aun cuando tuviéramos la cobardía de abandonar el campo. ¡No hay para nosotros retirada posible, si no queremos someternos y hundirnos en el cieno de la esclavitud! ¡Forjadas están nuestras cadenas! ¡Percíbese su rumor sordo en las llanuras de Boston! La guerra es inevitable. Venga pues la guerra, aceptémosla.

»¿De qué sirve atenuar la gravedad de la crisis? Es posible que se grite: *¡paz! ¡paz!...* No hay paz: la guerra ha comenzado. La primera brisa que sopla del Norte traerá á nuestros oídos el ruido de las armas. Nuestros hermanos están ya en campaña. ¿Qué hacemos permaneciendo aquí ociosos? ¿Qué desean esos señores? ¿Qué quieren? ¿Tan cara es la vida, tan dulce es la paz que deba comprarse con hierros y servidumbre? ¡Librenos el Todopoderoso de esa calamidad! Ignoro lo que harán los otros, pero por lo que á mí hace, dadme la libertad ó la muerte¹.

Nadie aplaudió porque la emoción embargaba los ánimos de todos; pero esa elocuencia viril habia arrastrado á la asamblea, y se votaron todas las proposiciones. Patrick Henry formó parte del comité de salvacion pública junto con Richard, H. Lee, Jorge Washington y el jóven Jefferson.

Diciendo «la primera brisa que sopla del Norte traerá á nuestros oídos el ruido de las armas,» Patrick Henry habia profetizado.

¹ Wirt, *Life of Patrick Henry*, pág. 93.

El 19 de Abril de 1775 hubo derramamiento de sangre en una escaramuza que los norteamericanos, muy propensos á dar importancia á los sucesos, han llamado la batalla de Lexington.

El general Gage, que mandaba el ejército real, y que estaba en Boston, quiso destruir las armas y municiones que los colonos de Massachusetts habian reunido en Concord, á veinte millas de Boston, para organizar un ejército provincial. Preparábanse para las hostilidades, y por mas que se llevara todo en secreto, llegó á oídos del doctor Warren, quien habia hecho prevenir al país. Las campanas tocaban á rebato, y por doquier se oían disparos de fusil. Los soldados que Gage habia enviado, encontraron por el camino la milicia de Lexington en número de 70 hombres; el comandante Pitcairn les mandó que se retiraran y depusieran las armas, llamándolos *rebeldes*. Mientras se retiraban, se hicieron algunas descargas. ¿Quién fué el primero que disparó? Tal ha sido siempre el misterio de esa clase de acontecimientos, en que los fusiles se disparan por sí solos.

Aquel puñado de norteamericanos se dispersó habiendo perdido algunos hombres; mas, al llegar de Concord las tropas inglesas, á su regreso de la expedición, encontraron todas las milicias sobre las armas. Allí, como sucede en todas las guerras civiles, el hombre que conoce el país, que se parapeta detrás de cada accidente del terreno, de cada peña, tiene una ventaja inmensa sobre los soldados, por bravos que sean, que avanzan en línea de batalla. Los ingleses se retiraron, acosados por todas partes, diezmados, llegando de esa suerte á Lexington estenuados, y, segun dice un contemporáneo, «sacando un palmo de lengua como perros despues de la caza¹». En Lexington encontraron un destacamento inglés que prudentemente habia enviado Gage, y lograron volver á entrar en Boston, hostilizados siempre por los norteamericanos. Los ingleses tuvieron 273 bajas entre muertos, heridos y prisioneros; los norteamericanos perdieron solos 90 hombres.

Ese encuentro es insignificante en sí, y por lo tanto no permanecerá en la historia, por más que, militarmente hablando, las tropas inglesas cumplieron con su deber. Ese encuentro, sin embargo, habido en un país tan entusiasta como América, fué la chispa que encendió la guerra.

Aquellas milicias norteamericanas, familiarizadas con el manejo

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 39.

de las armas, y que habian militado contra los canadienses é indios, habian sostenido el fuego y obligado á retirarse á los ingleses. Esa era la primera prueba que contra éstos habian hecho, y los colonos sabian ahora que no debian tener miedo á los ingleses, que podian hacerles guerra, que no eran ellos tan cobardes que debieran estremecerse ante la presencia de una casaca encarnada, en una palabra, los colonos sabian ya que todavía por sus venas circulaba sangre inglesa.

Es cierto que no se hacian ilusiones acerca del género de guerra que habian emprendido, que no podia hacerse al estilo de Europa. No tenian soldados de profesion, ni generales, ni estado mayor; la obediencia habia de ser hasta difícil en aquellas milicias en que todos eran iguales. Habia de ser una guerra eminentemente especial, en la cual tendrian en su favor las distancias, las selvas y los rios. Los enemigos podrian, á mansalva quizás, saquear y pegar fuego á sus ciudades; pero como noblemente lo decia en el Congreso Cristóbal Gadsden, diputado por la Carolina del Sud: «Nuestras casas son de piedra, ladrillos y madera; las volveremos á construir, si nos las destruyen; pero la libertad, una vez perdida, está perdida para siempre¹».

Por otra parte, si la guerra habia estallado, habia roto el fuego la metrópoli. Al fin y al cabo, se salia de aquella incertidumbre, que de diez años á aquella parte pesaba sobre el país. El pueblo por tanto tiempo reprimido, á despecho de su impaciencia, el pueblo que no sabe comprender el por qué de los aplazamientos, podia por último obrar y hablar. Lo que á los hombres conviene es la acción.

Por eso, una vez difundida la noticia de la batalla de Lexington, el pueblo se apoderó de casi todos los fuertes, parques y arsenales, cuya custodia segun la Constitucion, estaba confiada á oficiales reales. En nombre del gran lord Jehovah y del Congreso continental un puñado de valientes se apoderó del fuerte Ticonderoga y del Crown-Point, situado á orillas del lago Champlain, que dominaba el camino que conducia al Canadá. Se echó mano del dinero público para atender á las necesidades de la provincia, se votó un empréstito de 100.000 libras, y se eximió á los ciudadanos de la obediencia al gobernador².

Por último, el Congreso provincial de Massachusetts votó la leva de un ejército continental de 30.000 hombres, de los cuales la pro-

¹ Ramsay, *Amer. Rev.*, tom. I, pág. 197.

² Pitkin, tom. I, pág. 327.

vincia suministraba 13,600, debiendo votar el resto los demás Estados de Nueva Inglaterra. No se llenó el cupo prefijado, pero presto se hubo organizado un pequeño ejército mas numeroso que el de los ingleses en Boston. En esa ciudad, cuna de la revolucion, fueron bloqueadas las tropas reales. Eso solo bastó para enardecer los espíritus, por mas que les animara todavía alguna esperanza de reconciliación.

Al propio tiempo que el Congreso provincial de Massachusets adoptaba esas medidas enérgicas, enviaba á toda prisa un buque que anunciara á Franklin los sucesos de Lexington, buque que además era portador de un manifiesto al pueblo de la Gran Bretaña, el cual concluía así:

«Hermanos, tales son las expansiones de la venganza ministerial de que somos víctimas por el único crimen de resistirnos, así como nuestras hermanas las colonias, á someternos á la esclavitud; pero esas crueldades no han ahogado en nosotros el cariño y la adhesión á nuestro real soberano. Nos proclamamos súbditos leales y obedientes; por mas dureza con que se nos haya tratado, estamos todavía dispuestos á esponer nuestras vidas y haciendas para defender la persona del rey, su familia, corona y dignidad. Mas no nos sometéremos cobardemente á la persecucion y á la tiranía de vuestros crueles ministros; apelamos al cielo de la justicia de nuestra causa; resueltos estamos á vivir ó morir libres.

«No nos inclinamos á creer que el honor, la sabiduría y el valor de los Bretones les hagan permanecer mucho tiempo espectadores inactivos de medidas en que ellos á su vez están tambien interesados; medidas adoptadas á pesar de solemnes protestas de mas de un noble lord, contra el dictámen de algunos miembros de la Cámara de los comunes, á quienes por su ciencia y virtud colocó el país en primera línea; medidas adoptadas contra el interés, contra las solicitudes y representaciones de tantas ciudades opulentas, de tantas respetables villas de la Gran Bretaña; medidas incompatibles con la justicia, tomadas sin embargo con el especioso pretexto de aligerar las cargas de la nacion; medidas, que entrañan la ruina y la esclavitud de Inglaterra, así como de las colonias perseguidas.

«Abrigamos la sincera confianza de que el gran Soberano del universo, que tantas veces ha sostenido á Inglaterra, os ayudará para librarnos de la ruina, y que unidos con un lazo constitucional á la madre patria, presto constituiremos juntos un pueblo libre y feliz ¹.»

¹ Pitkin, tom. I, pág. 327.

En ese manifiesto se revela uno de los caracteres de la resistencia. En todas partes, en el púlpito, en el foro, en la prensa, se distinguió al rey de sus ministros. El rey no podia obrar mal, pero se acusaba de traicion al ministerio, que, en concepto de los colonos abusaba del nombre del rey, para escusar sus procedimientos inconstitucionales. Por doquier se lanzaba el grito de *guerra ministerial*, con cuyo lema conciliaban el pleito homenaje que debian al monarca con la resistencia al gobierno ¹.

Alguno dirá quizás que la responsabilidad ministerial es una ficcion vana. No, no es una ficcion; es la misma esencia de la libertad constitucional, en virtud de la cual un pueblo se gobierna á sí propio, pudiendo á su merced mudar de gobierno sin agitacion ni trastornos. ¿Es preferible á eso una revolucion?

En 10 de mayo de 1775, el mismo dia en que el pueblo se apoderó del fuerte Ticonderoga, se reunió el nuevo Congreso en Filadelfia. Á principios de ese año, lord Darmonth habia dirigido una circular á los gobernadores de las colonias, prescribiéndoles que impidieran, si les fuese posible, la eleccion de delegados para un Congreso tan desagradable al rey. Mas, á despecho de la prohibicion, se verificaron las elecciones sin dificultades y con todo desahogo por parte de los colonos en las doce colonias. Casi por todas partes las elecciones se hicieron en convenciones populares ². Antes de que se diera fin á las sesiones, la Georgia se unió á sus hermanas. Esas elecciones habian tenido lugar antes de los sucesos de Lexington, y por consiguiente los delegados habian recibido instrucciones pacíficas y estaban animados del espíritu de conciliación ³.

Franklin llegó á Filadelfia en 5 de mayo y al dia siguiente por la mañana un voto unánime de la asamblea de la provincia le agregó al número de los delegados del Congreso. Desde 1757, salva una corta estancia de dos años en su patria, habia vivido siempre en Inglaterra, en donde se habia relacionado con todos los personajes políticos. Nadie mejor que él conocia las ideas y sentimientos del ministerio, y las probabilidades de un cambio en la política inglesa. Su testimonio, por consiguiente, puesto en la balanza, pesaba extraordinariamente. Pero Franklin no era hombre que pudiera fluctuar. Cuanta mas confianza tenia en una reconciliación honrosa, cuanto mas celo habia desplegado para obtenerla aun con riesgo

¹ Ramsay, *Amer. Rev.*, tom. I, pág. 197.

² Curtis, *History of Constitution*, tom. I, pág. 29.

³ Id. *id.* tom. I, pág. 29.

de disgustar á los patriotas de Massachusetts, tanta mas fé tenia ahora en la resistencia y en la idea de la separacion.

Los acontecimientos de Lexington eran harto recientes para que no estuvieran profundamente impresionados los individuos del Congreso. No obstante la eleccion de presidente recayó en Peyton Randolph, que lo habia sido ya del Congreso precedente, sugeto conocido por sus ideas moderadas. Carlos Thompson fué reeligido tambien secretario. Habiéndose Randolph retirado á los pocos dias de constituido el Congreso¹, fué elevado á la presidencia Hancock, rico comerciante de Boston, que con Samuel Adams, era el alma de la resistencia. El general Gage habia señalado especialmente á esos dos patriotas como enemigos del estado actual de cosas, habiendo sido, así Hancock como Adams, exceptuados de la amnistia que se ofrecia á las rebeldes.

Las instrucciones que habia recibido el Congreso no le autorizaban para tomar medidas decisivas, pero las circunstancias le empujaban hácia una senda eminentemente revolucionaria. La guerra civil habia comenzado ya, la sangre habia corrido. Cualquiera que fuese el resultado de la lucha, ora fuera la separacion, ora la reconciliacion, el Congreso tenia que ser necesariamente órgano y representante de la resistencia.

Apenas constituido el Congreso, Hancock hizo una relacion oficial de los sucesos de Lexington, y sometió á los delegados una nota del Congreso provincial de Massachusetts en la que solicitaba consejo y asistencia, encareciendo la necesidad de organizar un ejército norteamericano para defender la causa comun².

Al propio tiempo el pueblo de la ciudad y del condado de New-York consultaba al Congreso sobre lo que debia hacerse al llegar las tropas inglesas; que, segun noticias, se dirigian hácia las colonias.

En 15 de mayo³, el Congreso recomendó que á la llegada de las tropas á Nueva York, estuviera la colonia á la defensiva, *por todo el tiempo que fuera eso compatible con la seguridad pública*; que se dejara á las tropas tranquilas en los cuarteles; pero que bajo ningun pretexto se les permitiera fortificarse ni cortar las comunicaciones entre la ciudad y el país. Que en el caso de que los soldados comenzaran las hostilidades, ó atentaran contra la propiedad particular, se rechazara la fuerza con la fuerza.

¹ Ramsay, *Amer. Rev.*, tom. I, pág. 209.

² Curtis, tom. I, pág. 31.—Ramsay, *Amer. Rev.*, tom. I, pág. 207.

³ Ramsay, *Amer. Rev.*, tom. I, pág. 207.

El Congreso recomendó asimismo que trasportaran las municiones fuera de la ciudad, y que habilitaran para asilo cualquiera edificio, con el fin de refugiarse en él las mujeres y los niños en caso de necesidad.

Con eso habia lo bastante para Nueva York; Massachusetts empero exigia medidas mas vigorosas. En 26 de mayo, el Congreso, invocando la critica situacion de las colonias, las actas del Parlamento, y la sangre derramada ya, y la próxima llegada de refuerzos ingleses, declaró que «para defender las colonias y ponerlas al abrigo de cualquiera golpe de mano armada que intentará implantar las actas del Parlamento, era preciso poner las colonias en estado de defensa.

En otros términos, el Congreso decretaba una leva de soldados.

Pero al propio tiempo, y para ajustarse aun en estas circunstancias á su constante política, inspirada siempre en los severos principios de la moderacion y prudencia, política que constituia toda su fuerza, los delegados resolvieron elevar por última vez una exposicion al rey, en la cual se representaria «que se tomaban las medidas convenientes para entablar una negociacion, con el objeto de apaciguar las desgraciadas disensiones que existian entre la Gran Bretaña y las colonias¹».

Elevar una exposicion al rey parecia cosa inútil á varios miembros del Congreso, no dudando que seria desatendida; mas habia quienes tenian fé mas robusta, y Dickinson fué de nuevo designado para redactar un mensaje², que se entregó á M. Penn. Ese mensaje protestaba de la lealtad norteamericana y del deseo de reconciliarse con condiciones honrosas para entrambas partes.

Se resolvió dirigir tambien un manifiesto al pueblo de la Gran Bretaña, manifiesto que redactó Ricardo H. Lee. En ese documento se prodigaban las espresiones mas tiernas. *Amigos, conciudadanos y hermanos*: tales eran las primeras palabras del manifiesto. En él se recordaba á los ingleses que á su vez ellos tambien habian defendido la libertad y que los colonos no luchaban precisamente para hacerse independientes.

«Hemos invocado el auxilio de esas potencias extranjeras que son las rivales de vuestra grandeza? Siendo poco numerosas vuestras tropas, estando casi indefensas, hemos aprovechado esa coyuntura

¹ Pitkin, tom. I, pág. 330.

² Ramsay, *Amer. Rev.*, tom. I, pág. 213.